



Bearn o La sala de les nines

Llorenç Villalonga

Bearn o la sala de las muñecas

Poseía un alma clara y cambiante. Por lo mismo que se trataba de un hombre sincero, nunca se tenía la seguridad de saber cómo era, igual que no es posible adivinar cuáles serán las imágenes que se irán reflejando sobre un cristal. Es desconcertante que los seres que no se encerraron en un sistema, acaso por no prescindir de ningún aspecto de la verdad (tal fué, en su tiempo, el caso de Leonardo de Vinci), se nos aparezcan como los más tenebrosos. Si a esto añadimos que a los señores les acostumbran desde pequeños a las fórmulas amables, que no están hechas para que se las tome demasiado en serio, pero que embrollan y convencen a las personas sencillas, tendremos otro motivo que explicaría la desconfianza. Los individuos vulgares, entre los que me cuento, tienden, sin poder evitarlo, a creer que únicamente las malas formas revelan franqueza, porque no saben descifrar los valores convencionales y los sobreentendidos de la cortesía. Para nosotros, él no era fácil de entender. Creo haberte dicho, por ejemplo, que usaba en su última época peluca blanca y hábito gris de franciscano. Quienes relacionaban su vida pasada y sus conversaciones, a veces no muy edificantes, con aquel hábito, no captaban sino una disonancia, que ciertamente existía, pero hubieran también debido ver las analogías (vida recoleta, amor a los temas del espíritu) que no dejaban de ser reales. No sabiendo hablar sino una lengua, se admiraban y desconfiaban de quien, habitualmente y casi por instinto, hablaba varias. Era fundamentalmente bien entrañado, aunque algunos de sus actos hubiesen sido desastrosos; pero él creía que los desastres eran ocasionados más por una insuficiencia mental que por una maldad voluntaria, que se negaba a admitir.